

despojado de su virtud á la par que se intriga en su nombre; amenaza la Iglesia con destierros y encarcelamientos; quiere hacer que se crea en ella por la fuerza, cuando en otros tiempos era creída á pesar del destierro y de las cadenas.»

No pudiendo hacer mencion de todos los Padres de la iglesia en el Occidente, nombraremos á Zenon, obispo de Verona (363), que purgó su iglesia de los residuos de la idolatría y del arrianismo, y nos ha dejado setenta y siete discursos, cuyo estilo es elegante, aunque no son nuevas sus ideas; á Eusebio, oriundo de Cerdeña, quien, ascendido á obispo de Verceli (340), introdujo antes que otro alguno en el clero de su iglesia un género de vida regular, y resistió en el concilio de Milan al emperador, cuya cólera le indujo hasta llevar la mano al pomo de su espada. Desterrado entónces, andaba errante de un lado á otro, y se encontraba en la Tebaida cuando fué llamado por el edicto de Juliano. Sostuvo constantemente á Atanasio. Enviado á Antioquia para restablecer la paz en aquella iglesia, no pudo conseguirlo, y tornó á su sede, donde terminó sus días (371).

Tuvo por amigo á Lucifer, obispo de Calaris (Cagliari), uno de los más ardientes adversarios del arrianismo y demas cismas; desde su destierro dirigió este prelado al emperador un escrito impregnado de aquella misma violencia que le movía á prohibir á sus ovejas toda especie de comunicacion con los herejes.

Enlazado á él por intima amistad el diácono Hilario sustentaba opiniones semejantes llegando hasta á pretender que se necesitaba bautizar de nuevo á los arrianos que querian volver al seno de la iglesia; por este motivo le había dado San Jerónimo el sobrenombre de Deucalion del Mundo.

Pero quien combatió en el Occidente con más denuedo á los arrianos y á los idólatras fué San Ambrosio. Había nacido en Tréveris (340), de un prefecto del pretorio, y residia en Milan en calidad de gobernador de la Liguria y de la Emilia, cuando el capadocio Auxencio, obispo ariano, exhaló el último aliento (374). Previendo entonces que las facciones harian que fuese la nueva eleccion sumamente tumultuosa, se presenta el gobernador en la asamblea á fin de contenerla dentro de los límites de sus deberes,

pero apenas entran en aquel lugar gritan todos: *Se tú obispo*. Procuró eludir aquel nombramiento apelando á la fuga, y asistiendo á un tribunal en que se trataba de imponer la pena de muerte. Mas no logrando nada por este medio, se sometió á la voluntad de Dios, cuyas señales conoció claramente, y permitió que le bautizaran, le ordenaron de sacerdote y luego de obispo. Distribuyó su dinero á los pobres, donó sus propiedades á la iglesia, salvo el usufructo, que reservó á Marcelina, su hermana; confió á Sátiro, su hermano, la administracion de su casa y se consagró plenamente al santo ministerio.

Se puso á estudiar las Escrituras y los Padres, lectura para él nueva, y lo hizo con tanto fruto que no tardó en ser denominado el primero de los doctores de Occidente. No quiere esto decir que poseyera el génio de un Gregorio, de un Basilio, de un Crisóstomo, sino que tenía en mas alto grado aquella actividad práctica que le hizo más sublime todavía en sus acciones que en sus escritos. Su vida, que nos ha sido conservada por un testigo elocuente. Se absorvía en los más diferentes cuidados; juzgaba los numerosos asuntos que le sometian los fieles, administraba los hospitales, socorria á los pobres, acogia á todos afablemente, y en medio de estas ocupaciones, meditaba y componia. Se le confiaban misiones de suma importancia, en razon de su experiencia de los negocios. Al morir Valentiniano le encomendó sus hijos: el obispo apartó á Máximo de entrar en Italia, lo cual fué causa de que éste se querellara posteriormente de haber sido engañado. Cuando hubo muerto Graciano fué á reclamar su cadáver. Teodosio, á quien exponia la verdad con una franqueza, que no imitaron siempre sus sucesores, enseñándole lo que distinguia al sacerdocio del imperio, decia de su persona: *No conozco más que á Ambrosio que lleve dignamente el nombre de obispo*.

De él recibieron obispos algunas iglesias que nunca los habían tenido; visitaba y alentaba á sus hermanos, y á veces los reunia en concilios, intercedia en favor de los reos de Estado, vendia los vasos del templo para rescatar á los prisioneros hechos por los godos. En suma, ejercia con dignidad, con amor, el tribuna que los obispos habían reunido en nombre de Cristo desde que se abolió en nombre de

la ley; acudiendo en ayuda del pueblo con la palabra y con las obras, invocando la justicia ó la indulgencia de los principes, y haciendo valer en favor de los infortunados y de los indigentes las doctrinas de la pobreza, de la igualdad y de la redencion del hombre por la sangre de una víctima celeste. De este modo entendia los admirables deberes del episcopado.

Ambrosio poseia en alto grado el arte de ganar las almas y de dirigirlas; profundo en el conocimiento del corazón humano sabia aprovecharse de las circunstancias propicias, sin que le abatieran los acontecimientos siniestros. Su celo ardiente en predicar la virginidad hacia que infinitos jóvenes acudieran aun desde muy léjos para consagrarse á Dios en sus manos; y los milaneses encerraban á sus hijas á fin de que no se dejaran arrastrar por sus exhortaciones. Despues recogió y envió á su hermana Marcelina los discursos que dirigia á las vírgenes. Compuso otro libro para exhortar á las viudas á las virtudes de su estado.

Dos magnates vinieron desde Persia á Milan, donde era amado como un padre, sólo para oírle; y despues de haber discutido con él desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche sobre cuestiones alegóricas, volvieron á emprender su viaje sin hacer en la ciudad otra cosa. Por el relato de sus virtudes, Fritigila, reina de los marcomanos, abrazó el cristianismo, y le envió magníficos regalos, pidiéndole sus instrucciones. Todavía mas conmovida despues de haberlas recibido, se encaminó á su residencia con intencion de oirlas de su boca; pero sólo le fué dado orar sobre su sepulcro. Principes bárbaros que se hallaban reunidos en un banquete con el conde Arbogasto, le preguntaron si conocia á Ambrosio, y como les respondiera que era su amigo y comia con él á menudo, añadieron: *Ya no nos sorprende que seas tan venturoso en los combates, puesto que tienes relaciones familiares con un santo, cuya palabra haria que el sol parara su curso*.

Apenas cesó de vivir Valentiniano, cuando el emperador Graciano, educado por el poeta pagano Ausonio, declaró por un edicto que cada cual podria reunirse y honrar á la divinidad como juzgara conveniente, á excepcion de los maniqueos, de los potinios y de los eunomios.

Pero Ambrosio supo inducirle en breve á otros sentimientos, y persuadirle á que descargara el último golpe sobre la antigua creencia. Desde luego se manifestaron las nuevas intenciones del emperador con la orden de quitar del Senado de Roma la estatua de la Victoria. Despues incorporó Graciano al fisco todos los bienes afectados al sostenimiento de los templos, de los pontifices, de los sacrificios. Abolió los privilegios civiles y políticos de las vestales, y prohibió á los sacerdotes aceptar otras mandas que las de bienes muebles.

Asustados de estas medidas la nobleza romana, los jefes del Senado, y los que se obstinaban en denominarse *la mejor parte del género humano*, enviaron una diputacion á Graciano rogándole que suspendiera la ejecucion de aquellos decretos. Con la esperanza de producirle mas impresion, le mostraron los diputados el ropaje del sumo pontifice, que se conservaba con estremo esmero, á fin de que le recordara la larga série de sus predecesores, que habían usado aquella vestidura, símbolo de poder supremo en la tierra y de honores divinos en el cielo. A pesar de todo no se rindió Graciano á aquellas demostraciones, y respondió que semejante ornamento no convenia á un cristiano. Quedó pues sin sumo pontifice la religion antigua, y el sacerdocio fué despojado de los bienes, que hacian que fuera ambicionado, aun despues de haber perdido sus honores y privilegios.

No coronó mejor éxito la embajada espedita á Valentiniano II para que volviera á erigir el altar de la Victoria, y la súplica de Simmaco es el último alarido del paganismo espirante. Ambrosio opuso racionios á racionios, é hizo abortar la argumentacion y las esperanzas de sus adversarios. Su despecho se exhaló no sólo en murmullos secretos, sino tambien en públicas protestas. Quizá no fueron agenos á la rebelion en que Graciano perdió la vida. Mas ¿podia tener su oposicion la fuerza que el convencimiento de la verdad infundia á los cristianos cuando, poco numerosos y diseminados, resistian á órdenes mucho más vigorosas?

El antiguo partido, el que se adheria tenazmente á lo pasado, acabó por desaparecer del todo ante el partido del porvenir. Su última hora sonó en el momento en que ascendió al

trono aquel Teodosio, que debió especialmente el nombre de Grande al valor y á la convicción con que puso término á la prolongada lucha de las dos religiones. Si al principio de su reinado toleró los ritos de los gentiles, prohibió en breve por una ley general la celebracion de los sacrificios, la inmolacion de las víctimas y la conservacion de los simulacros; vedó en seguida á los magistrados entrar en los templos; por último, decretó formalmente la confiscacion por todo acto de idolatría, y la pena capital por el hecho de haber sacrificado á los dioses. El día del Señor se declaró sagrado; los juegos y los espectáculos quedaron prohibidos durante la solemnidad del domingo, y el calendario jurídico fué reformado con arreglo á las prescripciones cristianas.

Dícese que habiéndose dirigido á Roma Teodosio, fué recibido por una brillante comitiva de damas y de Senadores que salieron á su encuentro; puso entonces á votacion el asunto de averiguar si se conservaria ó desecharia la antigua creencia, y se añade que cupo á la idolatría la peor parte. No es verosímil este hecho; pero si las leyes de Teodosio atestiguan su celo en favor del cristianismo, prueban por otra parte que no habian cesado los antiguos ritos. Efectivamente, le vemos decretar (381) que los cristianos que volvieron á la idolatría no podrian disponer de sus bienes por testamento; despues hizo extensiva esta ley (383) á los catecúmenos, y declaró infames á los apóstatas. Repitieron los concilios estas leyes, y los escritores eclesiásticos no cesaban de quejarse de que las ceremonias paganas se conservaban, especialmente en las fiestas, en las saturnales y en los juegos.

Sin embargo, los templos y los lugares consagrados fueron cerrados entonces por los magistrados; pero no contentos con esto los monjes y los obispos impelieron á los cristianos á demolerlos ó á talarlos. Salieron en tropel los anacoretas de Egipto de sus ermitas para ir á derribar los santuarios de las dos religiones que habian sobrevivido en aquel territorio, y para colocar las reliquias de los santos, bajo la custodia de piadosos solitarios en las capillas de Anubis y Serapis. El templo de este último dios en Alejandría, reputado como el más espacioso y magnífico despues del Capitolio, fué conver-

tido por el obispo Teófilo en iglesia cristiana. Los supersticiosos egipcios, que creian que la prosperidad de su país dependia del favor de este Dios, se asombraron cuando despues de los ultrajes que se le habian hecho, vieron al Nilo seguir derramando sobre las tierras sus benéficas aguas. Al frente de una tropa de gladiadores derribó el obispo San Marcelo el templo de Júpiter en Apamea; y aunque los idólatras se oponian á veces con las armas en la mano á aquella destruccion, no por eso dejaba de continuar dirigida por los obispos.

Uno de los más celosos en aquella obra fué Martin (310-400), obispo de Tours, llegado á Francia desde la Pannonia, donde tuvo cuna; fundó cerca de Poitiers un monasterio que pasa por haber sido el más antiguo en Occidente, y empezó inmediatamente abierta guerra contra la idolatría, ganando las almas, derribando los ídolos y los altares, interrumpiendo los sacrificios, y entregando al hacha y al fuego las selvas profanas. Nombrado por aclamacion para la silla de Tours, á pesar de sus esfuerzos para sustraerse de aquella honra y despecho tambien de los que le rechazaban por sus modales rústicos, sus cabellos en desórden, su tosco traje, no se apartó de la sencillez monacal. Del mismo modo que persistia en querer extirpar la idolatría, se oponia á los tristes errores que se introducian en la Iglesia y á las violencias con cuyo auxilio pretendian combatir la herejía, ahogándola en sangre.

Por lo que hace al arrianismo se habia prevalido en Occidente del favor de Justina, madre de Valentiniano, que queriendo extender la autoridad imperial hasta sobre el culto, pidió á San Ambrosio que cediera una iglesia de Milan á los arrianos. Pareció indigna la proposicion al santo obispo y la desechó con firmeza. Tratando Justina en su cólera de rebelion el hecho de resistir á las voluntades imperiales, propuso conseguir su objeto por la fuerza. Empezó por imponer á los mercaderes un tributo de doscientas libras de oro, y por hacer encarcelar á muchos de los que no quisieron ó no pudieron pagarlo. Resuelta despues á celebrar la Pascua á su modo, citó á San Ambrosio ante su consejo; más por un efecto espontáneo del amor que habia sabido conquistarse, su grey echó á correr en pos de su huella y en tropel

hasta el palacio. Entonces los ministros imperiales hubieron de suplicar al prelado que disipara y calmara aquella irritada muchedumbre, prometiéndole que la religion no seria víctima de ningun atentado.

¡Engañosas promesas! Durante la tristeza solemne de la Semana Santa, se trasladaron dependientes de palacio á la basilica Porcionia, y luego á la basilica nueva, á fin de disponerlo allí todo para recibir al emperador y á su madre. Entonces empieza el pueblo á gitarse en tumulto, y con gran trabajo defienden los guardias las avenidas de los templos. Expuesto un sacerdote arriano al mayor peligro, se ve obligado á recurrir para su defensa á la proteccion del mismo Ambrosio. Firme en su resistencia el valeroso obispo, declaraba no estar obligado á ceder el templo por no estar sujetas las cosas divinas al emperador, que se halla dentro de la Iglesia, y no sobre la Iglesia, y habla al principe de este modo: *¿Quereis cuanto poseo; tierras, dinero? Os lo daré de buen grado, aunque mis propiedades pertenecen á los pobres; pero las cosas de Dios no están sometidas al emperador. ¿Quereis cargarme de cadenas, arrastrarme á la muerte? Será para mi asunto de alegría; no me abrigaré detrás de la muchedumbre del pueblo; no me abrazaré á los altares implorando la vida; me será dulce caer inmolado por su defensa.* Y desde lo alto de la cátedra de la verdad demostraba que es lícito resistir á la injusticia, aunque sin emplear las armas, ni la fuerza; rogaba á Dios que no permitiera que se derramara sangre por su Iglesia; congregaba á los fieles en las dos basilicas, donde los detenia, ora haciendo que alternaran con él en el canto de los salmos, ora predicando sin cansarse de repetirles *que la tiranía del sacerdote es su debilidad.*

La firmeza de Ambrosio venció la obstinacion de la emperatriz, que hizo abrir las cárceles y relevar las guardias. Conociendo Valentiniano el poder de aquel hombre inerme, decia á sus oficiales: *Si lo mandara Ambrosio, me entregariais á él con las manos atadas.*

Sin embargo, poco despues se le opuso como obispo un doctor de nombradía entre los arrianos. Además un edicto permitió á los heresiarcas celebrar libremente sus asambleas, pronunciando la pena de muerte contra los cris-

tianos que osaran perturbarlas. Ambrosio recurrió de nuevo á sus armas; la predicacion, los cantos sagrados, y noche y día estuvo llena la iglesia de fieles; unanimidad que apartó á los gobernantes del designio de emplear la violencia. El concilio de Aquilea, celebrado poco despues del de Constantinopla, y en que representó el principal papel Ambrosio, puso de manifiesto la fé de los obispos de Occidente, quienes pudieron afirmar que nada quedaba de la herejía de Arrio hasta las riberas del Océano.

Ambrosio sostuvo durante veintidos años su laborioso ministerio, y cuando plugo á Dios llamarle á sí no tenia más que cincuenta y siete años (4 de Abril de 397).

No era el arrianismo la única herejía que desgarraba á la iglesia, y prescindiendo de las demas por ahora, citaremos únicamente el maniqueísmo. Habian tenido los partidarios de esta herejía á un fervoroso próselito, y despues un gran enemigo en Agustin, natural de Numidia (354). No le habia preservado una educacion esmerada de las seducciones del deleite. Desconsolada Mónica, su madre, de verle abismado en los errores de los maniqueos y en las vanidades del mundo, oraba á Dios por él, y hacia que le aconsejaran personas de recomendables prendas. Aun cuando eran estériles los consejos, cuantos la veian sumergida en la aflicion, decian para su consuelo: *Es imposible que esté reservado para la perdicion el hijo de tantas lágrimas.*

La lectura del Hortensio de Ciceron indujo á Agustin á la filosofía académica, sin que rechazara por esto los sistemas opuestos; porque las categorías de Aristóteles le parecieron favorabilísimas para el establecimiento de un sistema adecuado al reposo de la inteligencia. Como se perdía á pesar de todo en un cúmulo de dudas acerca de la coexistencia de un dios bueno y de un principio del mal, recurrió para desvanecerlas hasta á la astrología, á la magia, á los éxtasis, con cuyo auxilio los platónicos degenerados creian llegar á concepciones sublimes. Lleno de desesperacion acabó por abandonarse al escepticismo, y dejó las investigaciones filosóficas por la retórica.

Necesitando á la sazón Milan un profesor capaz de enseñar la elocuencia, el prefecto Sim-

maco fijó los ojos en Agustín (384). Fué recibido benévolamente por San Ambrosio. Las predicaciones del santo obispo, á quien oyó por curiosidad primeramente, despertaron sus dudas filosóficas, y le hicieron sentir la necesidad de aplacar su alma en el seno de la verdad, que estaba ya convencido de no poder encontrar más que en la autoridad y en la fé. De esta suerte las seducciones de lo bello le pusieron en camino de lo verdadero. Avarienta su alma de este bien precioso y del amor ideal, no podía hartarse en los goces terrenales. Inspirábasele disgusto el servilismo universal y la miserable tarea á que se habían humillado las letras, al paso que comprendía el placer de proseguir especulaciones sublimes y de reinar sobre los ánimos. Cuando perecen la patria, la libertad y las inclinaciones que elevan la mente del hombre hácia lo bello, se sumergen los espíritus vulgares en la materia; no hallando las almas escogidas pasto digno de ellas aquí abajo, aspiraban á otro orden de cosas más grande á sus ojos cuanto más abatido se halla el mundo real. Habiendo vuelto pues Agustín á estudiar las cosas fuera de los sentidos, adquiría de día en día ideas más racionales sobre la naturaleza espiritual, sobre el origen del mal, y como los platónicos decían que el mal era una simple negacion, su doctrina le pareció concordar con la del cristianismo.

Estas disposiciones fueron fomentadas en su corazon por el retiro y el estudio. Dedicóse á refutar á los académicos caidos en el escepticismo, y compuso muchos diálogos, que interrumpía para declamar la mitad de un libro de Virgilio.

Cuando titubeaba todavía, un pasaje de San Pablo en que fijó sus ojos casualmente, y en que el apóstol condena el libertinaje, pareció indicarle que la rectitud de la voluntad era el primer paso para encaminarse á la verdad. Hízose bautizar por San Ambrosio, y á fin de servir mejor á Dios, tomó la vuelta de Africa cerca de un hijo natural que tenía y de Mónica, que murió al poco tiempo, modelo de la madre cristiana.

Agustín mostró empeño tanto en Africa como en Roma por combatir á los sectarios, en cuyos errores habia tambien incurrido, y opuso en sus dos libros. *De las costumbres de los ca-*

tólicos y de los maniqueos, la bondad real en los unos á lo que sólo era apariencia en los otros; demostrando que los *tres sellos* de la boca, de la mano y del pecho, de que hablan los herejes, comprendian, lo mismo que sus abstinencias, muchas prácticas supersticiosas.

Hecho sacerdote y luego obispo de Hipona, su elocuencia viva, aunque incorrecta, seducía la imaginacion de los africanos, quienes abandonaban sus ritos supersticiosos para prestar oído á sus predicaciones. Discutía con sus adversarios en medio de un inmenso gentío, haciendo tomar nota de las objeciones y de las respuestas. Independientemente de la palabra, se sirvió contra los donatistas de los edictos imperiales, sin consentir, no obstante, en que se les impusiera la pena de muerte en ningun caso. Tampoco se hallaba completamente extirpada la idolatría, puesto que fueron asesinados sesenta cristianos en Suffeta por haber derribado una estatua de Hércules; pero Agustín moderaba el celo de los fieles que querian destruir los templos, los ídolos, los bosques sagrados, y se apresuraba á responder á las preguntas que le dirigian los principales paganos.

Desde las alturas más sublimes de la metafísica descendía á la educacion de los niños; procuraba suavizar la condicion de los esclavos, vendiendo hasta los vasos del templo para rescatarlos. Al mantener una correspondencia seguida con las diversas sociedades cristianas del Africa, exhortaba en todas partes á la caridad y á la armonía.

Empleaba gran parte de su tiempo en arbitramentos, y decia que le gustaba más pronunciar entre los extraños que entre personas de su conocimiento; atendido que en el primer caso tenia probabilidades de adquirir un amigo, al paso que en el segundo rara vez podia acontecer que no lo perdiera. Rehusaba mezclarse en matrimonios, pedir empleos para otros y aceptar convites para comidas. Modesto en su vestido, en su morada, en su alimento, no se servía más que de vasija de barro ó de madera; y dos versos inscritos sobre la mesa prohibían hablar mal de los ausentes. Comían con él á la misma mesa los individuos de su clero, alimentados y sostenidos á comunes gastos, segun la regla que habia establecido. Hizo una fundacion para distribuir anualmente vestidos á

los pobres, y abrió un hospicio para los viajeros, donde eran acogidos sin distincion ninguna, diciendo que valia más admitir á un hombre malo que despedir por exceso de precaucion á un hombre bueno.

En conformidad á su regla se multiplicaron los conventos en Africa de una manera prodigiosa; pero queria que los monjes fueran activos, querellándose de verlos andar de provincia en provincia, vestidos con una túnica grosera, no deteniéndose en ningun punto y cambiando de morada á cada instante; llevando algunos reliquias verdaderas ó falsas; otros, creyéndose autorizados por su vestidura y por su profesion piadosa para demandar y aun casi para exigir donativos, que subvienen de este modo á una pobreza que les hace ricos, ó que recampensan una virtud en que entra por mucho la hipocresía.

Nos ha parecido conveniente detenernos algun tanto al hablar de estos hombres célebres, puesto que darlos á conocer era en nuestro sentir el mejor medio de presentar de relieve las condiciones de la sociedad nueva y de la sociedad moribunda, dando una idea de la lucha que tenían necesidad de sostener contra sí mismos y contra el mundo aquellos que de ningun modo querian doblegarse á la abyeccion comun. Ahora bien, nuestro objeto principal es el conocimiento del hombre, aquellos á cuya admiracion vulgar brinda mayor estímulo la fuerza irregular que la energía regular y persistente, los que anhelan guerras y elogios para los conquistadores, tómense la molestia de buscar otros libros.

CAPITULO VII

Division del imperio.—Honorio.

La separacion definitiva de los dos imperios de Oriente y de Occidente empieza en Teodosio, quien por su testamento distribuyó sus estados entre sus dos hijos Arcadio y Honorio. Al primero Constantinopla con la Tracia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Dacia y la Macedonia; al otro Milan con la Italia, el Africa, la Galia, España, Bretaña, la Nórlica, la Pannonia y la Dalmacia, tocando á cada uno la mitad de Iliria. Pero Arcadio apenas habia cumplido diez y ocho años y Honorio once, y

ambos carecian de las cualidades requeridas en tiempo de paz, y con doble razon de las que hubieran sido necesarias en medio de tempestad tan deshecha. Es verdad que su padre les habia designado por tutores personas de habilidad suma, como Rufino á Arcadio y Estilicon á Honorio; pero la rivalidad perpetuó las divisiones, no sólo de ambicion, sino tambien de intereses entre los dos imperios.

Rufino, natural de Eausa, en Gascuña, habia ido á Constantinopla para satisfacer su ambicion y su codicia, profesando el derecho. Su facilidad de locucion le habia hecho ascender hasta el puesto de jefe de las dependencias ó ministro de Estado, y le sirvió de esta suerte para ganarse el valimiento de Teodosio. La sagacidad con que supo conservar á la vez la amistad de San Ambrosio y de Simmaco puede suministrar una idea de su talento y en las artes del disimulo. Aunque realmente se inclinaba de continuo á los medios más crueles y era partidario acérrimo de los odios, de los escándalos, engañado Teodosio por su piedad fingida, le dejó prefecto en Oriente con un poder discrecional, cuando él partió para Occidente. Este indigno favorito comenzó entonces á abusar de su autoridad; cuando se halló investido posteriormente con la tutela de Arcadio, hollando con su planta la opinion y el buen derecho, no pensó más que en enriquecerse con los despojos del mundo, vendiendo proteccion, empleos y justicia. Merced á los tesoros que acumulaba constantemente, se proponia casar á su hija con su imperial pupilo y perpetuarse en el poder por este camino.

Luciano, hijo del prefecto de las Galias, le habia comprado á peso de oro el cargo de conde de Oriente; mas no habiendo querido prestarse á una iniquidad de Rufino, fué citado por él á juicio, condenándole con pruebas ó sin ellas á una muerte ignominiosa. De sus resultas murmuró el pueblo, y á fin de apaciguarlo Rufino ornó á Antioquia con un pórtico, el más magnífico de Siria. En el momento en que saboreaba el infernal placer de la venganza, dirigidos los eunucos del palacio por el camarlengo Eutropio, propusieron por esposa á Arcadio una joven llamada Eudoxia, hija de Baulton, general de los francos, que estaba al servicio de Roma. Nada trascendió fuera de aquel